

“La imaginación es la realidad”

Tengo 55 años, nací en Windsor y vivo en Dorchester (Gran Bretaña).

Me licencié en Literatura Clásica en Cambridge, viajé por África y hoy me dedico a escribir. No estoy casado. No tengo hijos. ¿Política? No me interesa... ¿Dios? Soy cristiano y pagano a la vez, como los alquimistas. El racionalismo marginó la imaginación, pero rebrotará

HISTORIADOR DE LA IMAGINACIÓN



PATRICK HARPUR

DAIMÓNICOS

El ensayo de Patrick Harper ‘El fuego secreto de los filósofos’ (Atalanta) es una procesión de sugerentes sorpresas, fogonazos iluminadores de la historia de la imaginación a través de los tiempos. Harpur rastrea la pista del pensamiento hermético, hegemónico durante milenios hasta ser ocultado por el pensamiento racional. Harpur, inglés con alma céltica –cada mañana toca su flauta irlandesa al levantarse–, te dice que no tendrás una vida plena sin casar materia y espíritu. Harpur pondera el pensamiento tradicional –“daimónico”, lo llama–, que reanima, amplía y enriquece el mundo desalmado e inerte del racionalismo. Te recuerda que negar lo daimónico –la imaginación, los dioses– es antinatural... y vano: ¿no rebrota en la hipótesis Gaia de Lovelock el ‘anima mundi’?

Es usted alquimista?
–Comparto su actitud.
–¿Busca oro?
–Era un oro tan material como espiritual. Los alquimistas eran como científicos, pero exploraban lo material y lo espiritual a la vez, sin ver conflicto en ello. El conflicto llegó más tarde.

–¿Cuándo?
–Hace poco: en el siglo XVII, con el racionalismo cartesiano, que nos separó del mundo. Es nuestra tragedia: ¡perdimos el alma!
–No entiendo.

–Desde la antigüedad, el mundo estaba animado. Sentíamos que el mundo expresaba el alma del mundo, el *anima mundi*.

–¿La naturaleza era sobrenatural?
–“Todo está lleno de dioses” (Heráclito): todo era a la vez físico y psíquico. Y tu alma participaba del alma del mundo, estabas conectado. ¡El mundo no nos era ajeno!

–¿Y el racionalismo se cargó eso? ¿Cómo?
–Al distinguir Descartes entre el hombre (*res cogitans*) y el resto del mundo (*res extensa*) nos separó del mundo: había ya un sujeto pensante y un objeto... inanimado. ¡Y aquí estamos, buscando el alma...!

–¿También los cristianos?
–Los cristianos ya habían separado su cuerpo de su alma, ya habían separado este mundo del otro mundo (su cielo/infierno). El alma del cristiano sólo puede acceder al otro mundo al morir el cuerpo. ¡Es lástima!

–¿Y no era así antes del cristianismo?
–No, pues el pensamiento tradicional jamás hizo tal distinción: el hombre podía ir y venir de este mundo al otro mundo, entrar y salir asiduamente. El otro mundo nos envolvía, ¡no necesitabas morirte para visitarlo!

–Era más divertido, ya veo.
–Y para los protestantes es aún peor que para los católicos, que con la Virgen y los santos conservaron canales con el otro mundo...
–Nos divorciamos menos del politeísmo...

–¡Eso es! El catolicismo retuvo más vestigios del paganismo: ¡es mejor para el alma!
–¿Y cómo era ser pagano?, ¿cómo éramos antes del cristianismo?

–Éramos seres daimónicos.
–Suena a demonios.
–Los *daimon*, para los filósofos herméticos, eran seres que iban y venían de este mundo al otro mundo, seres a la vez materiales y espirituales, a la vez benéficos y maléficos... ¡Nos mantenían con un pie en cada lado!

–¿Y ya no somos daimónicos?
–Nos lo negamos, pero lo somos. ¿No somos ambiguos, fluctuantes, maléficos y benéficos, espirituales y materiales a la vez? Los poetas y artistas son daimónicos por excelencia: se conectan al *anima mundi*, en griego *psiché tou kosmou*, psique del cosmos.

–*Alma y psique, términos sinónimos...*
–Y, a su vez, podemos usar otro término que significa lo mismo: *imaginación*.

–*Que hoy nos sugiere algo engañoso...*
–Desde el racionalismo, empeñado en negar toda actividad mental no racional... Felizmente, una cadena de filósofos a lo largo de la historia mantuvo vivo ese fuego secreto...

–¿Qué fuego secreto?
–¡El de la imaginación!

–¿Y qué es la imaginación?
–La capa más honda de la psique, esa capa psíquica en la que todos participamos y de la que brotan todos los mitos, todos los arquetipos... De la que todo procede: ¡la imaginación es la realidad, más real que lo que nuestro ego racional suele llamar realidad!

–¿Y qué filósofos forman esa cadena?
–Gnósticos, neoplatónicos, alquimistas, renacentistas y románticos. Todos ellos anhelan conocer la realidad, el alma del mundo, no escindir mundo y psique. “¡La imaginación es la naturaleza!”, dijo Goethe.

–¡Eso es como decir que usted y yo somos imaginación!
–¡Somos imaginación!

–Cíteme a siete filósofos de esa cadena.
–Platón, Plotino, Ficino, Shakespeare, Blake, Yeats y Jung, que dijo: “La psique es el mundo”. Jung reformuló el otro mundo como inconsciente colectivo... La psicología es la mitología de la modernidad, y la mitología era la psicología de la antigüedad.

–Y los científicos ¿acaso no anhelan también conocer el mundo?
–Hija de la razón, la ciencia expulsa lo daimónico, lo metafórico, y empobrece el mundo al quedarse sólo con lo literal. ¡Ah, pero los dáimones se vengán y se cuelan...!

–¿A qué se refiere?
–Cuando un físico cuántico describe hoy las características del reino subatómico, habla de partículas a la vez materiales e inmateriales, que están y no están, pequeñas, evasivas, cambiantes, con distorsiones de espacio y tiempo, inciertas...: ¡genuinos dáimones!

–¿Han vuelto! ¿Han vuelto?
–También los genetistas hablan de genes en los mismos términos en que los filósofos herméticos hablaban de dáimones... Y los astrónomos hablan de agujeros negros, materia oscura (¡el 90% de la materia del universo es *oscura*! como nuestro inconsciente con respecto al consciente, ja, ja...), quásares, *multiversos, singularidades...*, realidades con propiedades del todo daimónicas.

–Lo daimónico aflora justamente donde no se le espera, por lo que veo...
–Sí, incluso en el evolucionismo darwinista, que *imagina* fósiles que prueben los eslabones perdidos..., ¡pero no aparecen! ¿no son esos eslabones auténticos dáimones en que creen los científicos evolucionistas...?

–No me dirá ahora que la teoría evolucionista es también un mito...
–Es la exacta inversión del mito creacionista: si el uno sostiene que descendemos de la divinidad, el otro sugiere que ascendemos hacia la divinidad.